

Entrevista con Patrice Leconte “La película más mágica fue *La chica del puente*”

Por TARA KARAJICA

¿Ha escrito en *Cahiers du Cinéma* antes de hacer películas?

Patrice Leconte: Cuando decimos a alguien “Vd. ha estado en *Cahiers du Cinéma*”, es como si hubiese sido crítico oficial de *Cahiers du Cinéma*, por tanto como François Truffaut y algunos otros que eran críticos antes de ser cineastas. Y de hecho, no, para nada... Cuando



estaba preparando la escuela de cine, había uno de los profesores de la clase preparatoria, Jean-André Fieschi, que era uno de los críticos de *Cahiers du Cinéma*, y un día –como sabía que me interesaba mucho el cine de animación– había un largometraje de animación de Valériane Borovzik y me dijo, porque encontraba que escribía agradablemente: “Mira, en *Cahiers du Cinéma*, nadie quiere escribir sobre esto, porque no saben nada de animación. ¿Te interesa?” Y así escribí este primer artículo sobre la película de Borovzik que se llamaba *Goto l'île d'amour* para *Cahiers du Cinéma*. Después, estaba un poco por ahí; con el pie en la puerta y me llamaban siempre que había una película de la que no sabían muy bien quién podía hablar. Habré escrito sobre una quincena de películas. Es todo. Y, sólo escribía sobre las películas que me gustaban. Esto duró un año...

¿Y, cuál es su relación con la crítica ahora?

P.L.: Cuando era más joven en este trabajo y me encontraba con cineastas que hacían películas desde hacía mucho tiempo y me decían “*las reseñas, no hay que leerlas*”, me decía a mí mismo “Pero, ¿Cómo? ¿No lee las reseñas? Pero ¡está loco!” Al

principio, leía todas las críticas: todas, las buenas, las malas... Y luego, con el tiempo, los años, y un poco de madurez y filosofía, me dí cuenta de que la buena actitud era la de no leer las críticas. Primero, porque no es contra los críticos que digo esto, aunque me fui de guerra contra ellos en un momento, es simplemente porque las reseñas no están destinadas a la gente que hace películas. Las reseñas, en principio, están destinadas a la gente que debería ir a ver películas o no ir a verlas. Y, leer las críticas, no es muy enriquecedor porque cuando uno lee una buena reseña, eso le hace zurear en plan “Ah mira, le ha gustado mi película”. Es agradable... y no se aprende mucho, pero nos consuela la idea de que hayamos hecho bien en hacer esta película. Y cuando leemos una mala reseña, lo que pasa evidentemente, de vez en cuando, muy a menudo, es que te hace un daño de tres pares de narices. Por tanto, yo no soy masoquista, así que ¿por qué hacerse daño leyendo malas reseñas y hacerse un bien vago, muy efímero, leyendo las buenas? Por consiguiente, ya no leo. Pero para nada. Nunca. Ni una línea.

¿Puede elaborar sobre su transición de la crítica a la dirección?

P.L.: La transición fue muy sencilla porque hice muchas cosas en mi vida que eran como paréntesis y las vivía como paréntesis. Desde que era adolescente quería hacer películas. Subí a París y curse en una escuela de cine. Mi objetivo ha sido siempre hacer películas y no ser crítico. Hice un poco de crítica por pura casualidad, de la misma manera que hice tebeos casi por casualidad, aunque las haya hecho durante mucho tiempo: cinco años. Pero, siempre había tenido un sólo objetivo en la mente, y era el de hacer películas. Entonces, cuando hacía los artículos para *Cahiers du Cinéma*, no perdía nunca de vista el hecho de que mi objetivo, mi ideal, era hacer películas. No hubo un ejercicio de elasticidad para pasar de la crítica a la dirección.



¿Y cómo ha reaccionado al hecho de que sus películas hayan sido mal recibidas al principio de su carrera?

P.L.: Reaccioné de una manera bastante serena, porque mis películas eran mal recibidas y todas mis primeras películas eran comedias –deliberadamente– comedias populares. Por tanto, era normal que fueran mal recibidas porque las comedias populares no están bien vistas. Y luego, sobre todo, muy pronto, no la primera película, pero a partir de la segunda y de la tercera, *Los bronceados* y *Los bronceados hacen ski*, que han sido películas míticas, increíbles, indestructibles, que pasan regularmente en la televisión, entendí una cosa básica, y era que trabajaba para que las salas fuesen llenas

de gente feliz y que no trabajaba para que alguna gente en algunas redacciones admirasen mi trabajo. Sabía que hacía películas que no iban a gustar a la crítica y, entonces, esto me vaccinó un poco, si quiere. Pero dicho esto, cuando me puse a hacer mis películas más personales como *Tandem* o *El marido de la peluquera* o *Monsieur Hire*, y que sé que han habido artículos muy elogiosos sobre estas películas, de golpe, el reconocimiento, una selección en Cannes, etc., esto me produjo mucho placer, evidentemente, y fui muy sensible a esto. Se escribió mucho “*Bienvenido al patio de los mayores*” como si hubiese estado en el patio de los peques en el colegio y que de golpe me dijese “*tiene derecho a venir al patio de los grandes*” para estar con los grandes cineastas... Yo encontraba esto muy halagador. Luego, estaba feliz de que el abandono de la comedia y llegar a hacer películas que estaban en mí en algún lugar, pero que no me había atrevido a hacer hasta entonces, sean reconocidos con nominaciones a los premios César, y una selección en festivales. Todas estas cosas son muy gratificantes. Pero no hago mis películas para ganar unos premios César. Pero, cuando hay recompensas que llegan, es, desde luego, bastante placentero.

Ha hecho películas muy, muy diferentes. ¿Cómo elige sus proyectos?

P.L.: Creo que elijo mis películas haciendo a posta que sean diferentes unas de las otras. Es decir que nada me aburre más que la rutina, en la vida ya, y sé muy bien que los grandes cineastas han cavado todas sus vidas el mismo surco pero yo no, porque me gusta pasármelo bien haciendo cosas inesperadas, que me sorprendan, para no dormirme. Pero no hay coherencia en todo esto. La única coherencia que uno pueda imaginar es la coherencia del placer. He siempre hecho mis películas teniendo placer en zambullirme en tal aventura o en tal otra, pero la pequeña semilla, el punto de partida de cada película, es tan misterioso... No sé aparte de esta especie de idea luminosa, que le cae por encima y de la que piensa “*Esto, voy a hacer esto*”, y luego lo hace. Pero, cuando hice *La promesa*, por ejemplo, podía no haberla hecho nunca si no hubiese encontrado este libro. A menudo, las películas son encuentros, cortocircuitos positivos.

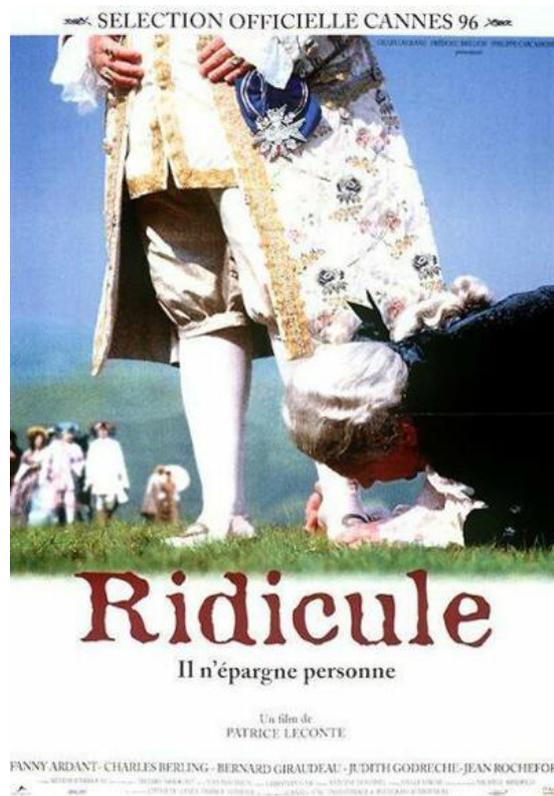
Ha dicho que le gustaba contar historias de amor. ¿Qué piensa del género romántico, de las historias de amor, de su planteamiento de hoy en día –sobre todo del planteamiento americano?

P.L.: Cuando hago películas, tengo que amar apasionadamente a los personajes y estar muy cercano a ellos; es decir, que sus vibraciones, sus emociones, su silencio, sus deseos, lo que planea por encima de sus cabezas, me encanta filmar esto. Y, cuando tengo la ocasión de filmar esto, captar esto, soy verdaderamente el más feliz. Si hubiese hecho toda mi vida películas que contasen historias de amor, hubiera acabado yendo en círculo,s pero volver de manera regular a esto –y para nada para hacer comedias románticas al agua de rosa– es simplemente para estar lo más cerca posible de los latidos del corazón... En *La promesa*, por ejemplo, el hecho de que este joven esté locamente enamorado de esa mujer y que se imagine que esté enamorado en sentido único sin saber que ella tenga el menor sentimiento por él, lo hemos vivido todos. Hemos estado todos enamorados de mujeres u hombres de los que nos decíamos “*¿Pero, me quiere él o ella?*”, y no sabemos nada de ello, pero el día en que este joven se da cuenta de que esa mujer está también invadida por el mismo amor que la consume de la misma manera, para mí no son sentimientos anodinos, son cosas tan fuertes, violentas, trastornadoras. E historias de amor que hacen descarrilar una rutina diaria cuando hacen descarrilar los sentimientos para estar en algo que es más fuerte que la

vida, creo que es cine de verdad porque podemos referirnos a todas las grandes películas que nos han gustado, que cuentan historias fuertes con sentimientos violentos, magníficos y luminosos, y ahí tienen el cine, y no sólo ahí. pero a mí me gusta ahí también.

¿Cuál es su historia de amor de referencia?

P.L.: No tengo realmente ninguna referencia porque si le citase películas, serían filmes muy, muy diferentes o serían momentos de películas. Pero no tengo película emblemática que sea como una especie de inspiración más fuerte que las otras. Nunca he trabajado con ella... Voy mucho al cine. Voy mucho a ver películas de otros, evidentemente, pero no he trabajado nunca con referencias.



¿Cuál, de las películas que ha hecho, es su preferida?

P.L.: Me cuesta, porque cuando elijo una película, generalmente respondo “no es mi trabajo preferir mis películas, es el suyo” y cuando encuentro a gente a la que le gusta mi trabajo, hay quienes me dicen “*Ridicule. Nadie está a salvo, es magnífica*”, y otros que me dicen “*El marido de la peluquera, me ha encantado*”, u otros que me dicen “*La chica del puente, es genial*”. No es forzosamente la misma película que le gusta a la gente, así que prefiero dejar a la gente libre en sus entusiasmos... Creo que la película que ha sido más importante en mi vida y que me ha gustado locamente, es *Tandem*, pero si hay que elegir una que sea un poco más popular y un poco más vista, creo que es *La chica del puente* porque en *La chica del puente*, hubo una pequeña gracia particular. La película ha estado hecha con una especie de ligereza, de frescura, despreocupación increíbles. He adorado a estos actores, a ellos dos, lo que contábamos... Diría *La chica del puente*...

Sus películas son más bien calurosas, muy activas. ¿Por qué ha elegido hacer *La promesa*, que es mucho más sobria, contenida, fría, y diría incluso silenciosa en comparación con las demás?

P.L.: Había algo que pertenecía evidentemente a Stefan Zweig, pero había algo en este proyecto de película que me encantaba. Era la dualidad, la paradoja entre una apariencia fría, silenciosa, “*permanezcamos educados, por nuestras propias cuentas*” y sentir que en esta gente que no es romántica ni nada, aunque estemos completamente en la época romántica, hasta qué punto el amor les consumaba desde el interior. Y, de hecho, me encantó filmar el fuego bajo el hielo.

¿Por qué lo ha hecho en inglés?

P.L.: No había solución. Era obligatorio. Era una oportunidad formidable la de trabajar con actores ingleses. Soñaba con ella desde hacía mucho tiempo, y es verdad, los actores ingleses son realmente formidables. Pero la idea era que no era concebible hacer esta película en francés puesto que actores franceses que reproduzcan la Alemania del 1912, habría sido ridículo, incluso con actores muy buenos. Pensé en algún momento hacer la película en alemán aunque no hablara ni una palabra de este idioma y era muy extraño que un cineasta francés fuese a Alemania a hacer una película en alemán. Y, afortunadamente, tuve una suerte increíble, y era que la coproducción alemana no se hizo y, por tanto, la productora me dijo que rodase la película en inglés, esta lengua universal... Era como una evidencia, pero no se me había ocurrido... A menudo, hay que ayudarme a tener ideas, porque no las tengo...

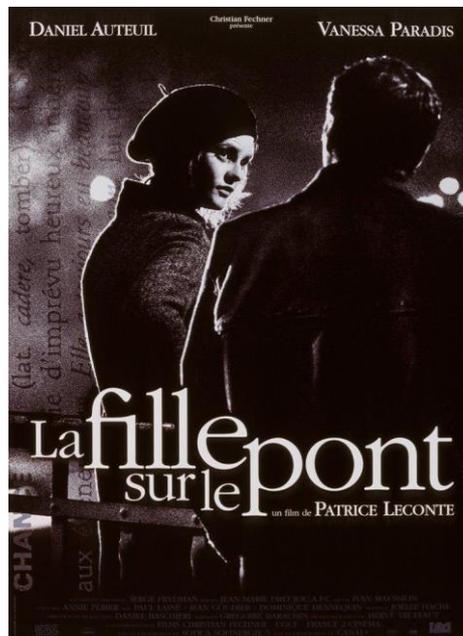
¿Fue más difícil?

P.L.: Fue igual. Ninguna preferencia. Y, en Francia, he trabajado con buenos actores, pero lo que me aportaron los tres actores principales de esta película, es inolvidable para mí... De verdad... La calidad del trabajo, el entendimiento, la confianza –no digo esto en contra de los actores franceses porque, francamente, he sido mimado–, pero estos actores ingleses me han transportado de profesionalismo, de confianza, de inteligencia sobre su papel, de sensibilidad. Ha sido deslumbrante.



Muchos actores y actrices fueron nominados a los premios César y a otros premios gracias a Vd. y sus películas. ¿Cómo siente la influencia que sus películas y su trabajo han tenido sobre su carrera?

P.L.: Sinceramente, es muy gratificante. Por ejemplo, para *La chica del puente*, la película tuvo nominaciones y los mejores actores fueron Daniel Auteuil y Vanessa Paradis. Y Daniel Auteuil ganó un César al Mejor Actor por *La chica del puente*, y es el único que ganamos, de hecho... Y, para un director, sinceramente, es tan gratificante que el actor que haya escogido y con el que ha trabajado durante largos meses, obtenga este César al Mejor Actor, aunque sólo sea un César... Sinceramente, estuve tan feliz el día en el que Daniel Auteuil ganó el César como el día en que gané yo el César al Mejor Director para *Ridicule. Nadie está a salvo*. Esto me procuró la misma felicidad. De verdad, la misma felicidad. Cuando un amigo muy cercano, Ivan Mosiant, que es jefe decorador, y quien es a la vez mi brazo derecho y mi brazo izquierdo –ha hecho todas mis películas– ganó el César por *Ridicule*, al Mejor Decorado, estaba tan feliz por él como si lo recibiese yo mismo. No sé cómo explicar esto, pero la gente con la que uno trabaja, a la que quiere, cuando está recompensada, es un poco para uno también...



***La chica del puente* ha sido su película que ha habido una gran carrera en las salas de cine y una gran mediatización. ¿Qué sentimientos le ha procurado esto?**

P.L.: Pienso en todos los momentos de esta película... Era la primera película que hacía con Daniel Auteuil que es un actor que adoraba. Nuestra amistad nació ahí. Encontrar a Vanessa Paradis, mágica y ligera ha sido un encanto diario. Había, al hacer esta película, sinceramente, un pequeño suplemento de gracia... Es una película para la que podría haber dicho: “*Viene bien*”. Y han habido películas muy felices; *Ridicule*, evidentemente, pero no había la misma pequeña magia... La película más mágica fue *La chica del puente*. Había una pequeña cosa... Puede ser porque contábamos una historia que era fuera del tiempo, fuera de todo... Durante el rodaje, me permitía de todo. No quería para nada que fuese rodada de una manera convenida. Hubo inspiración todo el tiempo.

¿Cuál es su siguiente película?

P.L.: Es un filme muy diferente de lo que he hecho hasta ahora, y son los productores de *La promesa* que me lo han propuesto: la adaptación de una obra de teatro que se ha representado en París, con Fabrice Luchini, y que ha tenido mucho éxito. Han comprado los derechos y me han preguntado si me haría gracia rodar esto. Creo que hay ahí un proyecto muy divertido, no para hacer teatro filmado sino por el texto y Fabrice Luchini... Es un “*pequeño proyecto ligero*”, no una cosa mía, pero una cosa que hago porque me hace gracia hacerla.